

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum*

*Non praevalent*

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

28 de abril de 2024

## Generar hombres y mujeres heroicos para hacer el bien



El Papa Francisco a las superiores y delegadas de las Carmelitas Descalzas

# Contemplación no es huir de la realidad sino habitarla con un dinamismo de amor

*La contemplación es “un dinamismo de amor” que “nos eleva a Dios no para separarnos de la tierra, sino para hacernos habitar en ella en profundidad”. Así lo ha recordado el Papa Francisco a los superiores y delegadas de las Carmelitas Descalzas recibidos en audiencia la mañana del jueves 18 de abril, en la Sala del Consistorio. Publicamos, a continuación, una transcripción del discurso pronunciado por el Pontífice.*

Buenos días, ¡bienvenidas!  
Yo voy a hablar en castellano.  
Me alegra encontrarme con ustedes mientras están reunidas para reflexionar juntas y trabajar en la revisión de sus Constituciones, aquellas del 90, las anteriores, que sé yo, trabajen entre ustedes. Es una cita importante que no responde sólo a una necesidad humana al natural devenir de la vida comunitaria; se trata más bien de un “tiempo del Espíritu” que están llamadas a vivir como ocasión de oración y discernimiento. Permaneciendo interiormente abiertas a lo que el Espíritu Santo quiera sugerirles, tienen la tarea de encontrar nuevos lenguajes, nuevos caminos y nuevos instrumentos que impulsen con mayor entusiasmo la vida contemplativa que el Señor les ha llamado a abrazar, de modo que el carisma se conserve —el carisma es el mismo— y que pueda llegar a ser entendido y a atraer muchos corazones, para la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. Cuando un Carmelo funciona bien, atrae, atrae, ¿no es cierto? Es como la luz con las moscas, atrae, atrae.

Revisar las Constituciones significa precisamente esto: recoger la memoria del pasado —no hay que renegar de esto— para mirar al futuro. En efecto, ustedes me enseñan que la vocación contemplativa no lleva a custodiar cenizas, sino a ali-

mentar un fuego que arda de manera siempre nueva y pueda dar calor a la Iglesia y al mundo. Por ello, la memoria de la historia de ustedes y de todo lo que a lo largo de los años han hecho acopio las Constituciones, es una riqueza que debe permanecer abierta a las sugerencias



del Espíritu Santo, a la perenne novedad del Evangelio, a los signos que el Señor nos da por medio de la vida y de los desafíos humanos, y así se conserva un carisma. No cambia, escucha y se abre a lo que el Señor quiere en cada momento. Y esto vale en general para todos los institutos de vida consagrada, pero ustedes las claustrales lo experimentan en modo particular, porque viven de lleno la tensión entre la separación del mundo y la inmersión en el mismo. Ustedes, ciertamente, no se refugian en una consolación espiritual intimista o en una oración alejada de la realidad; por el contrario, el suyo es un camino en el que es necesario dejarse afectar por el amor de Cristo

hasta unirse a Él, a fin de que este amor impregne toda la existencia y se exprese en cada gesto y en cada acción cotidiana. El dinamismo de la contemplación es siempre un dinamismo de amor, es siempre una escalera que nos eleva a Dios no para separarnos de la tierra, sino para

hacérsola vivir en profundidad, como testigos del amor recibido. La santa madre lo enseña con su sabiduría y con su fe ardiente. Ella estaba convencida de que la unión mística e interior con la que Dios une el alma a sí, como “sellándola” con su amor, impregna y transforma toda nuestra vida, sin separarnos de las ocupaciones cotidianas o sugerirnos una fuga en las cosas del espíritu. Teresa afirma que es necesario un tiempo consagrado al silencio y a la oración, que debe ser entendido como fuente del apostolado y de todos aquellos menesteres cotidianos que el Señor nos pide para servir a la Iglesia. Ella, de hecho, afirma: «Marta y María han de andar juntas para hospedar al

Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies, si su hermana no le ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéramos lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben» (Santa Teresa de Jesús, Las Moradas, VII, IV, 12). Hasta aquí la cita, que ustedes conocen mejor que yo.

De este modo, la vida contemplativa no corre el riesgo de reducirse a una forma de inercia espiritual, que distrae de las responsabilidades de la vida cotidiana —un cura que no conoce a este tipo de mística las llamaba “las monjas soñolientas”, que viven durmiendo—, sino que la vida contemplativa continúa proporcionando la luz interior para el discernimiento. ¿Y qué luz necesitan ustedes para revisar las Constituciones, afrontando los numerosos problemas concretos de los monasterios y de la vida comunitaria? La luz es esta: la esperanza en el Evangelio. Pero siempre arraigado a los padres fundadores, a la madre fundadora y a san Juan.

La esperanza del Evangelio es distinta de las ilusiones fundadas sobre cálculos humanos. Significa abandonarse en Dios, aprender a leer los signos que nos da para discernir el futuro, saber tomar alguna decisión audaz y arriesgada aun cuando en ese momento permanece oculta la meta hacia la que nos va a conducir. Es no confiar solamente en las estrategias humanas, las estrategias defensivas cuando se trata de reflexionar sobre un monasterio que hay que salvar o abandonar, sobre las formas de vida comunitaria, o sobre las vocaciones. Las estrategias defensivas son fruto de una vuelta nostálgica al pasado; eso no funciona, la nostalgia no

funciona, la esperanza evangélica va por otro lado, nos da la alegría de la historia vivida hasta hoy, pero nos hace capaces de mirar al futuro, con esas raíces que hemos recibido. Y eso se llama conservar el carisma, la ilusión de andar adelante, y eso sí que funciona.

Miren al futuro. Esto les deseo. Miren al futuro con esperanza evangélica, con los pies descalzos, es decir, con la libertad del abandono en Dios. Miren al futuro con las raíces en el pasado. Y que ese estar totalmente sumergidas en la presencia del Señor les dé siempre la alegría de la fraternidad y del amor recíproco. Que la Virgen las acompañe. De corazón las bendigo a todas ustedes, bendigo sus trabajos en estos días, bendigo sus comunidades, bendigo las monjas del monasterio. Y les pido que sigan rezando por mí, a favor, no en contra.

ANDREA TORNIELLI  
Director editorial

ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

L'OSSERVATORE  
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA  
*Unicuique suum Non praevalerunt*

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.or@spc.va  
www.osservatoreromano.va

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:  
teléfono +39 06 698 45793/45794  
fax +39 06 698 84998  
e-mail: pubblicazioni.photo@spc.va  
www.photo@spc.va

Audiencia a alumnos y profesores de la Red Nacional de Escuelas por la Paz

# El sueño de la paz en tiempos de guerra

El pensamiento del Papa sobre el sufrimiento de los niños en Ucrania y Gaza

*"En este tiempo todavía marcado por la guerra, os pido que seáis artesanos de la paz" y "que os apasionéis siempre por el sueño de la paz". Así se dirigió el Papa Francisco a los alumnos y profesores de la Red Nacional de Escuelas por la Paz, recibidos en audiencia la mañana del viernes 19 de abril, en el Aula Pablo VI. Publicamos, a continuación, el texto del discurso pronunciado por el Pontífice.*

Queridos muchachos, queridas muchachas, queridos profesores, ¡buenos días a todos!

Me alegra reunirme una vez más con la red nacional de "Escuelas para la Paz". Saludo a la Dra. Lotti y les doy la bienvenida a todos.

En primer lugar, quiero darles las gracias. Gracias por este viaje lleno de ideas, iniciativas, formación y actividades, cuyo objetivo es promover una nueva visión del mundo. Gracias por estar llenos de entusiasmo en la persecución de objetivos de belleza y bondad, en medio de situaciones dramáticas, de injusticia y violencia que desfiguran la dignidad humana. Gracias por estar comprometidos con pasión y generosidad a trabajar en la "obra del futuro", superando la tentación de una vida aplastada sólo en el hoy, que corre el riesgo de perder la capacidad de soñar en grande. Hoy más que nunca, en cambio, es necesario vivir con responsabilidad, ampliando horizontes, mirando hacia adelante y sembrando día a día esas semillas de paz que mañana podrán germinar y dar fruto. ¡Gracias, chicos y chicas!

El próximo mes de septiembre tendrá lugar en Nueva York la Cumbre del Futuro, convocada por las Naciones Unidas para abordar los grandes desafíos globales de este momento histórico y firmar un "Pacto para el Futuro" y una "Declaración sobre las Generaciones Futu-

ras". Se trata de un acontecimiento importante, y se necesita también su contribución para que no se quede sólo "sobre el papel", sino que se concrete y se haga realidad a través de vías y acciones para el cambio.

Ustedes llevan en el corazón este gran sueño: 'Transformemos el futuro. Por la paz, con cuidado'. Y precisamente sobre esto quisiera detenerme brevemente para decirles algo en lo que creo mucho: que ustedes están llamados -escuchen bien- están llamados a ser protagonistas y no espectadores del futuro. Les pregunto: ¿a qué están llamados? ¿A ser qué? [los chicos responden] ¡No he oído bien!... [los chicos responden en voz alta] ¡Vamos! ¡Adelante! La convocatoria de esta Cumbre Mundial nos recuerda que todos estamos llamados a construir un futuro mejor y, sobre todo, ¡que debemos construirlo juntos! Les pregunto: ¿se puede construir el futuro solos? [Los jóvenes responden "no"]. No oigo... [un fuerte "no"]. ¿Tenemos que construirlo? [¡Sí!] ¡Bravo! No podemos limitarnos a delegar nuestras preocupaciones sobre el "mundo que viene" y la resolución de sus problemas a las instituciones mandatadas y a quienes tienen responsabilidades sociales y políticas especiales. Es cierto que estos retos requieren competencias específicas, pero también es cierto que nos afectan de cerca, tocan la vida de todos y exigen de cada uno de nosotros una participación activa y un compromiso personal. En un mundo globalizado como el actual, en el que todos somos interdependientes, no es posible proceder como individuos que sólo se ocupan de su propio "huerto", de cultivar sus propios intereses: en su lugar, necesitamos trabajar en red y en red. ¿Qué es lo que hace falta? Trabajar

en red y crear redes. ¿Qué se necesita? Trabajar en red y trabajar en red. Todos juntos. [Eso es, sí bueno, y eso es importante, hay que conectar, trabajar en sinergia y armonía. Esto significa pasar del 'yo' al 'nosotros': no 'yo trabajo por mi propio bien', sino 'nosotros trabajamos por el bien común, por el bien de todos'. Trabajamos por el bien de todos. Juntos. [los chicos repiten] ¡Bravo! En efecto, los retos de hoy, y sobre todo los riesgos que, como nubes negras, se ciernen sobre nosotros amenazando nuestro futuro, se han hecho también globales. Nos afectan a todos, interpelan a toda la comunidad humana, requieren el coraje y la creatividad de un sueño colectivo que anime un compromiso permanente, para afrontar juntos las crisis medioambientales, las crisis económicas, las crisis políticas y sociales que atraviesa nuestro planeta.

Queridos chicos, queridas chicas, queridos profesores, ¡este es un sueño que requiere estar despiertos y no dormidos! Sí, porque se realiza trabajando, no durmiendo; caminando por las calles, no acostados en el sofá; utilizando bien los medios informáticos, no perdiendo el tiempo en las redes sociales; y luego -escuchen bien- este tipo de sueño se realiza también a través de la oración, es decir, junto con Dios, y no sólo con nuestras propias fuerzas. Queridos estudiantes, queridos profesores, han puesto dos palabras clave en el centro de su compromiso: paz y cuidado. Son dos realidades interrelacionadas: la paz, en efecto, no es sólo el silencio de las armas y la ausencia de guerra; es un clima de benevolencia, confianza y amor que puede madurar en una sociedad fundada en relaciones de cuidado, en la que el individualismo, la distracción y la indiferencia



dejan paso a la capacidad de prestar atención al otro, de escuchar sus necesidades básicas, de curar sus heridas, de ser para él instrumentos de compasión y curación. Este es el cuidado que Jesús tiene de la humanidad, especialmente de los más frágiles, y del que nos habla a menudo el Evangelio. Del "cuidado" mutuo nace una sociedad inclusiva, basada en la paz y el diálogo.

En este tiempo todavía marcado por la guerra, les pido que sean artesanos de la paz; en una sociedad todavía prisionera de la cultura del descarte, les pido que sean protagonistas de la inclusión; en un mundo desgarrado por las crisis globales, les pido que sean constructores de futuro, para que nuestra casa común se convierta en un lugar de fraternidad.

Me gustaría hablarles durante dos minutos sobre la guerra. Piensen en los niños que están en guerra, piensen en los niños ucranianos que han olvidado sonreír. Recen por estos niños, pongan en su corazón a los niños que están en guerra. Piensen en los niños de Gaza, ametrallados,

que pasan hambre. Piensen en los niños. Ahora un poco de silencio, y cada uno de nosotros piense en los niños ucranianos y en los niños de Gaza.

Les deseo que siempre se apasionen por el sueño de la paz. Lo digo con el lema de don Lorenzo Milani, el prior de Barbiana, que al "no me importa", típico de la indiferencia despreocupada, oponía el "I care", es decir, "me importa de corazón", "me interesa". Que todo esto les importe de todo corazón.

Que se preocupen siempre por el destino de nuestro planeta y de sus semejantes; que se preocupen de todo corazón del futuro que se abre ante nosotros, para que sea realmente como Dios lo sueña para todos: un futuro de paz y de belleza para toda la humanidad. Y que cuiden a los niños de Ucrania, que se olvidan de sonreír; a los niños de Gaza, que sufren bajo el fuego de las ametralladoras. Los bendigo de corazón. Que tengan una buena escuela y un buen viaje. Y, por favor, acuérdense de rezar por mí. ¡Muchas gracias!

Discurso del Pontífice al Capítulo General de los Hermanos de la Educación Cristiana de Ploërmel

# Que los niños de los países en conflicto vuelvan a sonreír

*Deseos de paz, para que los niños que viven en países en situación de conflicto puedan encontrar sus sonrisas perdidas, expresó también el Papa en su discurso a los participantes en el capítulo general de los Hermanos de la Educación Cristiana de Ploërmel, recibidos en audiencia la mañana del lunes 22 de abril, en la Sala del Consistorio.*

Queridos Hermanos:

Les doy la bienvenida con ocasión de su Capítulo general. Saludo al Superior y a cada uno de ustedes y expreso mi cercanía a todos sus hermanos esparcidos por el mundo.

Doy gracias al Señor por la obra de su Espíritu manifestada en su carisma, es decir la evangelización de los niños y de los jóvenes a través de la educación. Este Capítulo suyo se sitúa en la estela de las celebraciones del bicentenario del Instituto, y les ofrece la oportunidad de volver a las intuiciones fundamentales que guiaron al Venerable Jean-Marie de La Mennais y al Padre Gabriel Dashayes. Hoy, su obra está presente en varios países del mundo, porque creían que todo es posible para quien se confía totalmente al Señor y se pone al servicio del desarrollo humano integral de cada persona. Nunca debemos olvidar de dónde venimos y tener siempre presentes las motivaciones de nuestras acciones.

Queridos hermanos, ustedes trabajan en regiones del mundo donde impera la pobreza, el desempleo juvenil y las crisis sociales de todo tipo. Por eso, los exhorto a ser padres para aquellos a quienes son enviados, padres que reflejen el rostro amoroso y compasivo de Dios. En un mundo en constante cambio, ustedes se ponen generosamente al servicio de

los jóvenes, atentos a sus aspiraciones y, al mismo tiempo, siempre vueltos a Cristo, regla suprema de sus vidas. Su vocación los impulsa a ir donde otros no van, a las periferias, a las personas que forman la categoría de los rechazados, de los heridos por la vida y de las víctimas. Que su presencia sea fuente de esperanza para muchos. Que en su espíritu de fraternidad y acogida puedan reconocer otro rostro de la humanidad desfigurada por las guerras, la indiferencia y el descarte de los más débiles. Esos niños, esos jóvenes, esas personas también tienen sueños, pero hoy, por tantas razones, son sueños rotos. ¡Que les ayuden a revivir sus sueños, a creer en ellos y a realizarlos!

Los niños juegan, incluso bajo las bombas, en los países en guerra. Cuando vemos fotografías de estos países, hay niños jugando. Pero una cosa me llama la atención, cuando vienen a Roma niños de Ucrania que se han trasladado aquí y viven aquí, estos niños no sonríen: han perdido la sonrisa. La guerra hace eso: que los niños pierdan la sonrisa. ¡Trabajen para que recuperen la capacidad de sonreír!

Queridos hermanos, la Iglesia es una familia y todos nosotros, en la variedad de carismas y vocaciones, cooperamos a la salvación de la humanidad. En este maravilloso misterio de comunión, cuento con vuestra filial confianza y adhesión al ministerio del Sucesor de Pedro. Los animo a trabajar en estrecha colaboración con las diócesis donde están en misión y con el Pueblo fiel de Dios; a alejar de sus vidas todo espíritu de orgullo, cerrazón, división y cotilleo. Los chismes hacen mucho daño a las comunidades religiosas. Un buen

propósito para un religioso y una religiosa sería morderse la lengua cada vez que tengan ganas de chismorrear unos de otros. Sería una buena resolución, ¿no? De hecho, «ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad» (Exort. ap. *Evangelii Gaudium*, 114).

Al término de su Capítulo, renovarán la consagración del Instituto al Corazón Inmaculado de María. Que su pedagogía se inspire siempre en ella que, con su "sí" total, permitió que se cum-



pliera en su persona el designio salvífico de Dios sobre la humanidad. Que ella los ayude a cultivar el celo de ponerse a servir, a cultivar la humildad, la confianza en Dios y la alegría de ser servidores de su ternura y misericordia. Por

favor, ¡no perder la alegría! De corazón los bendigo a ustedes y a todos sus hermanos en todas partes del mundo, así como a los jóvenes que acompañan. Por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

Instrucciones del Papa a los seminaristas de Sevilla

## Oración, estudio, fraternidad y misión

*La exhortación a unir oración, estudio, fraternidad y misión ha sido dirigida por el Pontífice a la comunidad del Seminario de Sevilla, recibida en audiencia en la Sala Clementina la mañana del sábado 20 de abril. Publicamos, a continuación, el saludo del Pontífice.*

Queridos hermanos:

Me alegra recibir a las comunidades del Seminario Metropolitano y del Seminario "Redemptoris Mater" de Sevilla que, junto con su arzobispo, Mons. José Ángel Saiz Meneses, han venido en peregrinación a la tumba del apóstol Pedro. Les agradezco esta visita y los animo a vivir estos días con asombro y gratitud por el don de la fe que nos transmitieron los apóstoles.

Nuestro encuentro está a las puertas de un día muy significativo: el domingo del Buen Pastor, que celebramos mañana. Ustedes, seminaristas, han recibido una llamada del Señor, y con la ayuda de sus formadores se están preparando para ser pastores según el Corazón de Cristo. En otras ocasiones he dicho a los seminaristas que este camino de configuración con Jesús buen pastor tienen que hacerlo

cuidando cuatro aspectos: la vida espiritual, el estudio, la vida comunitaria y la actividad apostólica. Esta integración es necesaria, diría que es urgente, para llegar a ser sacerdotes cabales y responder a la vocación recibida, en la entrega total a Dios y a los hermanos, especialmente a los que más sufren. A este propósito, quisiera destacar la figura de uno entre tantos santos pastores que tuvo esa tierra andaluza a lo largo de la historia, la del beato cardenal Marcelo Spínola y Maestre, que ustedes bien conocen. Este beato, maestro de sacerdotes, decía: «Virtud y ciencia son las dos cosas que deben enseñarse con preferencia a los aspirantes al sacerdocio, pues la ciencia sin virtud hincha y no edifica y la virtud sin ciencia edifica, pero no instruye». Esto significa, como decíamos, que todo en el sacerdote —oración, estudio, fraternidad, misión— va unido. Queridos seminaristas, aprovechen bien este tiempo intenso de formación, con el corazón en Dios, con las manos abiertas y una gran sonrisa para repartir la alegría del Evangelio a cuantos se encuentren con ustedes. Que Jesús los bendiga y la Virgen de los Reyes los acompañe. Muchas gracias.



Lazzaro You Heung-sik

En vista de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (domingo 21 de abril) hicimos algunas preguntas al cardenal prefecto del Dicastery para el Clero, Lázaro You Heung-sik.

ANDREA MONDA

*¿Qué es una vocación?*

Antes de pensar en cualquier aspecto religioso o espiritual, diría esto: la vocación es esencialmente la llamada a ser felices, a hacerse cargo de la propia vida, para realizarla plenamente y no desperdiciarla. Este es el primer deseo que Dios tiene para cada hombre y mujer, para cada uno de nosotros: que nuestra vida no se apague, que no se pierda, que pueda brillar al máximo. Y, por este motivo, Él se ha hecho cercano en Su Hijo Jesús y quiere atraernos al abrazo de Su amor; así, gracias al Bautismo, nosotros nos convertimos en parte activa de esta historia de amor y, cuando sentimos que somos amados y acompañados, entonces nuestra existencia se convierte en un camino hacia la felicidad, hacia una vida sin fin. Un camino que luego se encarna y se realiza en una elección de vida, en una misión específica y en las muchas situaciones de cada día.

*Pero, ¿cómo se reconoce una vocación y cuál es su relación con los deseos?*

Sobre este tema, la rica tradición de la Iglesia y la sabiduría de la espiritualidad cristiana tienen mucho que enseñarnos. Para ser felices -y la felicidad es la primera vocación que comparten todos los seres humanos- es necesario que no nos equivoquemos en nuestras elecciones de vida, al menos las fundamentales. Y las primeras señales de tráfico a seguir

son precisamente nuestros deseos, lo que sentimos en el corazón puede ser bueno para nosotros y, a través de nosotros, para el mundo que nos rodea. Sin embargo, todos los días experimentamos cómo nos engañamos, porque no siempre nuestros deseos corresponden a la verdad de lo que somos; puede suceder que sean el resultado de una visión parcial, que surjan de heridas o frustraciones, que estén dictados por una búsqueda egoísta de su propio bienestar o, incluso, a veces llamamos deseos a lo que en realidad son ilusiones. Y entonces es necesario el discernimiento, que en el fondo es el arte espiritual de entender, con la gracia de Dios, lo que debemos elegir en nuestra vida. Discernir solo es posible a condición de que nos escuchemos a nosotros mismos y escuchemos la presencia de Dios en nosotros, venciendo la tentación muy actual de hacer coincidir nuestras sensaciones con la verdad absoluta. Por eso el Papa Francisco, al inicio de las catequesis de los miércoles dedicadas al discernimiento, nos invitó a afrontar la fatiga de excavar dentro de nosotros mismos y, al mismo tiempo, a no olvidarnos de la presencia de Dios en nuestra vida. He aquí, una vocación se reconoce cuando ponemos en diálogo nuestros deseos profundos con el trabajo que la gracia de Dios hace dentro de nosotros; gracias a esta confrontación, la noche de las dudas y de las preguntas poco a poco se aclara y el Señor nos hace comprender qué camino recorrer.

*Este diálogo entre la dimensión humana y la espiritual está cada vez más en el centro de la formación de los sacerdotes. ¿En qué momento estamos?*

Este diálogo es necesario y tal vez a veces lo hemos pasado por alto. No hay que correr el riesgo de pensar que el aspecto espiritual puede desarrollarse independientemente del humano, atribuyendo así a la gracia de Dios una especie de "poder mági-

co". Dios se ha hecho carne y, por eso, la vocación a la que nos llama siempre se encarna en nuestra naturaleza humana. El mundo, la sociedad y la Iglesia necesitan sacerdotes profundamente humanos, cuyo rasgo espiritual se resume en el mismo estilo de Jesús: no una espiritualidad que nos separe de los demás o nos haga fríos maestros de una verdad abstracta, sino la capacidad de encarnar la cercanía de Dios por la humanidad, su amor por cada criatura, su compasión por cualquiera que esté marcado por las heridas de la vida. Para ello se necesitan personas que, a pesar de ser tan frágiles como



todos, en su fragilidad tengan suficiente madurez psicológica, serenidad interior y equilibrio afectivo.

*Sin embargo, muchos son los sacerdotes que viven situaciones de dificultad y sufrimiento.*

*¿Qué piensa usted de ello?*

Estoy conmovido. He dedicado casi toda mi vida al cuidado de la formación sacerdotal, al acompañamiento y cercanía a los sacerdotes. Hoy, como prefecto del Dicastery para el Clero, me siento aún más cercano a los sacerdotes, a sus esperanzas y a sus fatigas. No faltan algunos elementos de preocupación porque en muchas partes del mundo hay una verdadera incomodidad en la vida de los sacerdotes. Los aspectos de la crisis son muchos, pero creo que ante todo necesitamos una reflexión eclesial en dos frentes. El primero: es necesario repensar nuestra forma de

ser Iglesia y de vivir la misión cristiana, en la cooperación efectiva de todos los bautizados, porque los sacerdotes a menudo están sobrecargados de trabajo, con las mismas tareas -no solo pastorales sino también jurídicas y administrativas- de hace muchos años, cuando eran numéricamente más. Segunda cuestión: necesitamos revisar el perfil del sacerdote diocesano porque, aunque no está llamado a la vida religiosa, debe redescubrir el valor sacramental de la fraternidad, de sentirse en casa en el presbiterio, junto con el obispo, los hermanos sacerdotes y los fieles, porque especialmente en las dificult-

permanente. No podemos quedarnos encerrados en formas sagradas y hacer del sacerdote un simple administrador de ritos religiosos; hoy atravesamos un tiempo marcado por numerosas crisis globales, con algunos riesgos relacionados con el crecimiento de la violencia, la guerra, la contaminación ambiental, la crisis económica, todas las cosas que luego tienen una recaída en la vida de las personas en términos de inseguridad, angustia, miedo al futuro. Y hay tanta necesidad de sacerdotes y laicos capaces de llevar la alegría del Evangelio a todos, como profecía de un mundo nuevo y brújula de orientación en el camino de la vida. Siempre se es discípulo, incluso cuando se es diácono, sacerdote u obispo desde hace muchos años. Y el discípulo siempre tiene que aprender del único Maestro que es Jesús.

*Pero, en su opinión, ¿vale la pena ser sacerdote hoy en día?*

A pesar de todo, siempre vale la pena seguir en este camino al Señor, dejarse seducir por Él, gastar la vida por Su proyecto. Podemos mirar a María, esta joven doncella de Nazaret que, a pesar de estar turbada por el anuncio del ángel, decide arriesgarse a la fascinante aventura de la llamada, convirtiéndose en Madre de Dios y Madre de la humanidad. ¡Con el Señor nunca se pierde nada! Y me gustaría decir una palabra a todos los sacerdotes, especialmente a aquellos que en este momento están desanimados o heridos: el Señor nunca deja de cumplir su promesa. Si te ha llamado, no te faltará la ternura de Su amor, la luz del Espíritu, la alegría del corazón. De muchas maneras Él se manifestará en tu vida de sacerdote, He aquí, quisiera que esta esperanza pudiera llegar a los sacerdotes, a los diáconos y a los seminaristas de todas partes del mundo, para consolarlos y animarlos. No estamos solos, ¡el Señor está siempre con nosotros! ¡Y nos quiere felices!

*¿Los sacerdotes están «equipados» para afrontar la cultura actual?*

Este es uno de los principales retos a los que nos enfrentamos hoy en día en la formación tanto inicial como

El Papa anima al Comité Pontificio de Ciencias Históricas a promover la «diplomacia de la cultura»

# Que prevalezca la civilización del encuentro sobre la incivilidad del enfrentamiento

Desarrollar una “diplomacia de la cultura” “en el contexto del peligroso conflicto global en curso” continuando “en el trabajo de investigación” para que la “civilización del encuentro” prevalezca sobre la “incivilidad del enfrentamiento”. Esta es la consigna que el Papa ha confiado a los participantes en la plenaria del Comité Pontificio de Ciencias Históricas, recibidos en audiencia la mañana del sábado 20 de abril, en la Sala del Consistorio. Publicamos, a continuación, el texto del discurso pronunciado por Francisco, recordando el septuagésimo aniversario de la institución y el septuagésimo volumen de la colección «Actas y documentos».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me complace darles la bienvenida con motivo de su reunión plenaria, en la que celebran el 70 aniversario de la creación del Comité Pontificio.

Saludo al presidente, padre Marek Ingot, y saludo a cada uno de vosotros, agradecido por vuestro encuentro y por vuestro servicio. Provenientes de diferentes países y de tres continentes, cada uno con sus propias y apreciadas competencias especializadas. Así se garantiza la dimensión internacional y el carácter multidisciplinar del Comité, cuya actividad de investigación, congreso y editorial se inscribe en una dinámica multicultural fecunda y proactiva. La hermosa colección «Actos y Documentos», dirigida por el Secretario del Comité Pontificio, celebra este año un septuagésimo aniversario: el

70º volumen publicado. Esto demuestra un compromiso en la búsqueda de la verdad histórica a escala mundial, en un espíritu de diálogo con diferentes sensibilidades historiográficas y con múltiples tradiciones de estudios. Es bueno que colaboréis con otros, ampliando vuestras relaciones científicas y humanas, y evitando formas de cierre mental e institucional. Os animo a mantener este enfoque enriquecedor, hecho de escucha constante y atenta, libre de toda ideología -las ideologías matan- y respetuoso de la verdad. Reitero lo que os dije con ocasión de vuestro 60 aniversario: «En el encuentro y en la colaboración con investigadores de todas las culturas y religiones, podéis ofrecer una contribución específica al diálogo entre la Iglesia y el mundo contemporáneo» (*Discurso*, 12 de abril de 2014). Este estilo contribuye a desarrollar lo que yo llamaría «diplomacia de la cultura». Es muy actual, y hoy tanto más necesaria en el contexto del peligroso conflicto global en curso, al que no podemos asistir inertes. Por tanto, os invito a continuar con el trabajo de investigación histórica abriendo horizontes de diálogo, donde llevar la luz de la esperanza del Evangelio, esa esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5).

Me gusta pensar en la relación entre la Iglesia y los historiadores en términos de proximidad. De hecho, existe una relación vital entre la Iglesia y la historia. Sobre este aspecto San Pablo VI ha



desarrollado una intensa reflexión, reconociendo el punto de encuentro privilegiado entre la Iglesia y los historiadores en la búsqueda común de la verdad y en el servicio común a la verdad. Investigación y servicio. Estas son las palabras que dirigió a los historiadores, en 1967: «Puede ser aquí donde se encuentre el principal punto de encuentro entre vosotros y nosotros [...], entre la verdad religiosa de la que la Iglesia es depositaria y la verdad histórica, de la que vosotros sois los buenos y devotos servidores: todo el edificio del cristianismo, de su doctrina, de su moral y de su culto, todo descansa en definitiva en el testimonio. Los Apóstoles de Cristo dieron testimonio de lo que vieron y escucharon. [...] Esto permite comprender hasta qué punto un organismo de naturaleza espiritual y religiosa como la Iglesia católica está interesado en la búsqueda y afirmación de la verdad histórica [...] También tiene

una historia, y el carácter histórico de sus orígenes tiene para ella una importancia decisiva» (*Discurso a los participantes en la Asamblea general del Comité internacional de ciencias históricas*, 3 de junio de 1967).

La Iglesia camina en la historia, junto a las mujeres y a los hombres de todos los tiempos, y no pertenece a ninguna cultura en particular, sino que desea vivificar con el testimonio manso y valiente del Evangelio el corazón de cada cultura, para construir juntos la civilización del encuentro. En cambio, las tentaciones de la autorreferencialidad individualista y de la afirmación ideológica del propio punto de vista alimentan la incivilidad del enfrentamiento. La civilización del encuentro y la incivilidad del enfrentamiento. Es hermoso que vosotros, setenta años después de vuestro nacimiento, testimoniéis que sabéis resistir a tales tentaciones, viviendo con pasión, a través de los estudios, la experiencia regeneradora

del servicio a la unidad, a esa unidad compuesta y armónica que el Espíritu Santo nos muestra en Pentecostés. Hace sesenta años, en aquel acontecimiento bendecido por el Espíritu que fue el Concilio Vaticano II, san Pablo VI pronunció palabras que suenan como advertencia a todo halago de complaciente autorreferencialidad eclesial, de la que es necesario proteger vuestro servicio: «Que nadie [...] piense que la Iglesia [...] se detiene en sí misma para complacerse en ella y olvida que es Cristo, de quien todo recibe, a quien todo debe, y el género humano, para servir al cual ha nacido. La Iglesia está en el medio entre Cristo y la comunidad humana, no replegada sobre sí misma, no como un velo opaco que impide la vista, no como un fin en sí misma, sino, por el contrario, constantemente solicitando ser toda de Cristo, en Cristo, por Cristo, ser toda de los hombres, entre los hombres, para los hombres, a través de verdaderamente humilde y excelente entre el Divino Salvador y la humanidad» (*Discurso para la inauguración de la III Sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II*, 14 de septiembre de 1964, 17). Por vuestros setenta años, os deseo que conforméis vuestra labor a estas palabras: que los estudios históricos os hagan maestros en humanidad y servidores de la humanidad. A ustedes y a sus seres queridos les imparto de corazón mi bendición, pidiéndoles, por favor, que recen por mí. Gracias.

## En la audiencia general, el Pontífice dirigió su pensamiento a Ucrania, Myanmar y a los numerosos países en guerra Palestina e Israel, dos estados libres y en paz

*La fe, la esperanza y la caridad «fundan, animan y caracterizan la acción moral del cristiano». Lo ha recordado la mañana del miércoles 24 de abril, el Papa Francisco en la audiencia general en la plaza de San Pedro. Continuando el ciclo de reflexiones sobre los vicios y las virtudes, después de haber profundizado en las semanas pasadas en los primeros y, de estas últimos, las cardinales, introdujo el tema de los teologales.*

Queridos hermanos y hermanas: En las últimas semanas hemos reflexionado sobre las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Las cuatro virtudes cardinales... Como hemos señalado varias veces, estas cuatro virtudes pertenecen a una sabiduría muy antigua, que también precede al cristianismo. Ya antes de Cristo se predicaba la honestidad como deber civil, la sabiduría como regla de las acciones, el coraje como ingrediente fundamental para una vida que tiende hacia el bien, la moderación como medida necesaria para no ser arrollados por los excesos. Este patrimonio tan antiguo, patrimonio de la humanidad, no ha sido sustituido por el cristianismo, sino bien enfocado, valorizado, purificado e integrado en la fe.

Por lo tanto, hay en el corazón de cada hombre y mujer la capacidad de buscar el bien. El Espíritu Santo es donado para que quien lo acoge pueda distinguir claramente el bien del mal, tener la fuerza para adherirse al bien huyendo del mal y, al hacerlo, alcanzar la plena realización de sí mismo.

Pero en el camino que todos estamos haciendo hacia la plenitud de la vida, que pertenece al destino de cada persona -el destino de cada persona es la plenitud, estar llena de vida-, el cristiano goza de una asistencia particular del Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús. Se realiza con el don de otras tres virtudes, puramente cristianas, que a menudo se nombran juntas en los escri-



tos del Nuevo Testamento. Estas actitudes fundamentales, que caracterizan la vida del cristiano, son tres virtudes que diremos ahora juntas: la fe, la esperanza y la caridad. Digámoslo juntos: [juntos] la fe, la esperanza... ¡no escucho nada, más fuerte! la fe, la esperanza y el amor. ¡Bien hecho! Los escritores cristianos pronto las llamaron virtudes "teologales", ya que se reciben y se viven en relación con Dios, para diferenciarlas de las otras cuatro llamadas "cardinales", ya que constituyen la "piedra angular" de una buena vida. Estas tres son recibidas en el Bautismo y vienen del Espíritu Santo. Las unas y las otras, tanto las teologales como las cardinales, unidas en tantas reflexiones sistemáticas, han compuesto así un maravilloso septenario, que a menudo se contraponen a la lista de los siete vicios capitales. Así, el Catecismo de la Iglesia Católica define la acción de las virtudes teologales: «Fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y

merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano» (n. 1813). Mientras que el riesgo de las virtudes cardinales es generar hombres y mujeres heroicos para hacer el bien, pero en general solos, aislados, el gran don de las virtudes teologales es la existencia vivida en el Espíritu Santo. El cristiano nunca está solo. Hace el bien no por un titánico esfuerzo de compromiso personal, sino porque, como humilde discípulo, camina detrás del Maestro Jesús. Él avanza en la calle. El cristiano tiene virtudes teologales que son el gran antídoto contra la autosuficiencia. ¡Cuántas veces ciertos hombres y mujeres moralmente impecables corren el riesgo de convertirse, a los ojos de quienes los conocen, en presuntuosos y arrogantes! Es un peligro ante el cual el Evangelio nos advierte bien, allí donde Jesús recomienda a los discípulos: «También vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha ordenado, decid: "Somos siervos inútiles. Hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10). La soberbia es un veneno, es un veneno potente: bas-

ta una gota para estropear toda una vida marcada por el bien. Una persona puede haber realizado incluso una montaña de obras benéficas, puede haber cosechado reconocimientos y elogios, pero si todo esto lo ha hecho solo para sí mismo, para exaltarse a sí mismo, ¿puede decirse que es una persona virtuosa? ¡No!

El bien no es solo un fin, sino también un modo. El bien necesita mucha discreción, mucha amabilidad. El bien necesita sobre todo despojarse de esa presencia a veces demasiado engorrosa que es nuestro yo. Cuando nuestro «yo» está en el centro de todo, se arruina todo. Si cada acción que realizamos en la vida la realizamos solo para nosotros mismos, ¿es realmente tan importante esta motivación? El pobre "yo" se apodera de todo y así nace la soberbia.

Para corregir todas estas situaciones que a veces se vuelven penosas, las virtudes teologales son de gran ayuda. Lo son sobre todo en los momentos de caída, porque incluso aquellos que tienen buenos propósitos morales a veces caen. Todos caemos, en la vida, porque todos somos pecadores. Como también quien se ejercita cotidianamente en la virtud a veces se equivoca -todos nos equivocamos en la vida-: no siempre la inteligencia es lúcida, no siempre la voluntad es firme, no siempre las pasiones son gobernadas, no siempre el coraje supera al miedo. Pero si abrimos el corazón al Espíritu Santo -el Maestro interior-, Él reaviva en nosotros las virtudes teologales: entonces, si hemos perdido la confianza, Dios nos vuelve a abrir a la fe -con la fuerza del Espíritu, si hemos perdido la confianza, Dios nos vuelve a abrir a la fe-; si estamos desanimados, Dios despierta en nosotros la esperanza; y si nuestro corazón está endurecido, Dios lo enternece con su amor. Gracias.

*La martirizada Ucrania, Palestina e Israel, Myanmar "que están en guerra" y "tantos otros países": es una especie de mapa del dolor del que el Papa Francisco actualiza continuamente las fronteras, instando a rezar por la paz allí donde resuena el mortífero estruendo de las armas. También en la audiencia general en la plaza de San Pedro, como siempre hace en los encuentros semanales de los miércoles o asomándose a la cita mariana del domingo -tanto en el Ángelus como en el Regina Coeli, según el tiempo litúrgico- el Pontífice vuelve incansablemente a remarcar que «la guerra siempre es una derrota, y los que ganan más son los fabricantes de armas». De ahí la invitación a invocar la paz para el país de Europa oriental que «sufre tanto», recordando en particular a «los soldados jóvenes» ucranianos que «van a morir»; pero «también para Oriente Medio», en particular «para Gaza», víctima de continuas incursiones, y «por la paz entre Palestina e Israel», para que «es el deseo» «sean dos Estados, libres y con buenas relaciones». También es constante la preocupación del Pontífice por el país asiático que visitó en noviembre de 2017, y por cualquier otra tierra en la que corra la sangre a causa de los conflictos. Al saludar a los grupos de fieles presentes en la plaza de San Pedro, el obispo de Roma alude también a dos celebraciones: mañana, jueves 25, la fiesta de San Marcos, «el evangelista que describió con vivacidad y concreción el misterio de la persona de Jesús»; y el sábado 27 el décimo aniversario de la canonización de San Juan Pablo II. «Mirando su vida -explica- podemos ver lo que el hombre puede lograr aceptando y desarrollando en sí mismo los dones de Dios: fe, esperanza y caridad». Y precisamente a estas últimas virtudes teologales estuvo dedicada la catequesis.*

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos al Espíritu Santo que nos conceda la gracia de creer, esperar y amar a imitación del Corazón de Cristo, siendo sus testigos en toda circunstancia. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. - Muchas gracias.